

Echegaray, alumno y profesor de la Escuela de Caminos

Nació Echegaray el día 19 de abril de 1832, fecha que se ha precisado recientemente. En los "Recuerdos", que dictó en las postrimerías de su gloriosa existencia, dice lo siguiente:

Si yo, por una de las mil combinaciones de la vida, llegase a perder el estado civil, estaba perdido.

Porque me preguntarían: "¿Cuántos años tiene usted y cuánto nació?" Y no podría contestar con certeza.

Lo he aprendido una porción de veces y lo he olvidado otras tantas.

Para mí no hay más que tres o cuatro fechas de mi vida que sobrenadan en el mar, un tanto revueltas, de mis recuerdos.

Por referencia, y por haberlo oído a mi familia, sé que a los tres años de edad me llevaron en galera acelerada a Murcia, adonde iba mi padre de profesor de Agricultura y Botánica.

Pero, ¿qué año fué? No lo he sabido nunca: sólo supe que fué en tiempos de la primera guerra civil.

Esta incertidumbre ha durado hasta que, al revisar el expediente escolar de Echegaray en el archivo de la Escuela de Caminos, ha aparecido una copia de su fe de bautismo, en la que D. Francisco González, teniente cura de la iglesia parroquial de San Sebastián, de Madrid, certifica que en el libro 70 de bautismos, al folio 160, dice: "Con licencia del Sr. Cura de esta dicha iglesia bauticé solemnemente a José María Uvaldo, que nació el diez y nueve de abril de mil ochocientos treinta y dos, a las once y media de la mañana; hijo legítimo de José de Echegaray, natural de la ciudad de Zaragoza, y de doña Manuela Melitona de Eyzaguirre, su mujer, natural de Azcoitia, provincia de Guipúzcoa, Obispado de Pamplona; vive en la calle del Niño¹, de esta feligresía; son sus abuelos paternos D. Tomás de Echegaray, natural de la dicha Zaragoza, y doña Manuela de Lacosta, natural de Belchite, Arzobispado de Zaragoza; maternos, D. José Gabriel de Eyzaguirre, natural de Ezquioga, y doña María Javiera de Chalen, natural de San Sebastián de Guipúzcoa, de dicho Obispado de Pamplona; fué su madrina la Excm. Sra. D.^a María de las Angustias Fernández de Córdoba, Marquesa de Cerralvo y Condesa de Alcudia, y en su nombre, D.^a María Tadea de Eyzaguirre, y le advertí el parentesco espiritual y demás obligaciones, y lo firmé."

La niñez de Echegaray, desde los tres años, se desplazó en Murcia, en cuyo Instituto de segunda enseñanza estudió con gran aprovechamiento el Bachillerato de Filosofía.

También, en su expediente de la Escuela de Caminos, aparece el certificado correspondiente, en el que se dice que cursó y ganó el primero de Filosofía del Instituto de Murcia, desde 1844 a 45, y obtuvo la censura de *Sobresaliente*. Asimismo consta que en el curso académico de 1845 a 46 se matriculó para el cuarto de Filosofía, según el nuevo plan de estudios y con arreglo a lo prevenido en el Real decreto de 28 de septiembre de 1845, y en el examen sacó la censura de *Sobresaliente*. Del mismo modo, en 9 de ju-

nio de 1847, fué admitido a los ejercicios para el grado de bachiller en Filosofía, con arreglo a lo prevenido en el art. 375 del Reglamento, y quedó aprobado por unanimidad de votos.

* * *

Terminó, por lo tanto, Echegaray brillantemente el Bachillerato a los quince años, y se trasladó con su familia a Madrid, a la calle del Carbón¹, núm. 7, cuarto segundo, para empezar sus estudios de ingeniero de Caminos.

No es corriente que personas geniales como Echegaray, cuyo cerebro privilegiado no dejó de brillar con vivos resplandores, cualquiera que fuera la actividad a que lo sometió, sean al mismo tiempo sumisas a toda disciplina, por estrecha que sea, y la de la Escuela de Caminos era entonces ciertamente férrea.

Oigamos al mismo Echegaray:

La Escuela de Caminos, en aquella época, estaba sometida a un régimen severísimo; pudiera decir que casi a un régimen militar.

Entrábamos a las nueve de la mañana, y los minutos de retraso se contaban y, si pasaban de quince, constituían falta, y si no llegaban a quince, se iban sumando, de modo que, al subir la suma a cierto límite, constituía causa suficiente para perder el curso.

Duraba éste todo el año solar, desde 1.º de octubre al 31 de agosto; en nada se diferenciaban, para el alumno, los meses abrasadores del verano de los helados meses del invierno, y el mes de septiembre se destinaba a los exámenes.

De esta manera se empalmaban cinco años seguidos, y no había más reposo que los ocho últimos días de diciembre, Semana Santa, Carnaval, domingos y fiestas enteras.

Entrábamos, repito, a las nueve de la mañana, y permanecíamos en la Escuela hasta las cuatro de la tarde, sin más descanso que media hora que se nos concedía para el almuerzo.

Las seis horas y media restantes estaban destinadas a las lecciones orales y al dibujo, siempre con un profesor o ayudante a la vista. Agréguese a esto que el estudio se hacía en casa; de suerte que ríome yo de las ocho horas que piden los socialistas; con catorce horas no teníamos bastante para cumplir como Dios manda.

Abandonar la Escuela sin permiso —y éste se concedía pocas veces— era gravísimo delito, que se castigaba con trabajos de recargo o con horas de asistencia durante la noche.

Porque el régimen de la Escuela de Caminos, en aquella época, era más duro y más severo que si hubiera sido una verdadera Escuela militar, según he dicho.

Dependía entonces la Escuela de Caminos, como actualmente, desde fecha reciente, de Instrucción pública, y acababa de fundarse una Escuela preparatoria para la carrera de Ingenieros de Caminos y Minas y para la de Arquitectos, que empezó a funcionar el 1.º de diciembre de 1848. Como se ve, ciertas reformas tienen en España matemáticamente el carácter de funciones periódicas. Para el ingreso en aquella Escuela, intermedia entre los estudios secundarios y superiores, asistió Echegaray, como otros cinco aspirantes más, en clase de oyente, al primer

¹ Esta calle, afluente a la del Desengaño, desapareció con la construcción de la Gran Vía.

¹ La calle del Niño se llama hoy de Quevedo.

año de la Escuela especial de Caminos. Cumplido este requisito, la Dirección general de Instrucción pública nombró un Tribunal de examen con los profe-

bre de 1848 se verifican estos exámenes, que consistieron en ejercicios de Matemáticas, de Dibujo y de traducción de francés. Las notas más brillantes las

ESCUELA PREPARATORIA
PARA LAS CARRERAS
DE INGENIEROS
Y ARQUITECTOS

*Examen de los aspirantes al 1.º año
de la Escuela Especial de Caminos*

*1.º día 19 de 10.º 48 — de 12.º 3 — 1.º ejercicio de la 1.ª Prueba
2.º candidato.*

<i>Nombre</i>	<i>Preguntas y p.º de Examinador</i>	<i>Conte Puntos</i>
<i>D. José Echegaray</i>	<p>1.º Ejercit de 2.º punto — — — 7 — m.b. — muy bien</p> <p>2.º Teor. de punt. inest. a las Ecuat. — 7 — m.b. — bien</p> <p>3.º $x^2 - 4x^2 + 4x^2 - 2x^2 + x - 6 = 0$ det. de punt. — 10 — m.b. — muy bien</p> <p>4.º Límites de las punt. en las Ecuat. — 10 — m.b. — muy bien</p> <p>5.º M.º de ap. punt. en las Ecuat. p.º m.º — 10 — m.b. — muy bien</p> <p>6.º Com. punt. — 10 — m.b. — bien</p>	

15 Dic.º 1848.

2.º examen.

1.º Difer. de nivel.	2. — m.b. — muy bien
2.º Com. del círculo	10. — m.b. — muy bien
3.º D. de la tang.	10. — m.b. — muy bien
4.º Com. de la parábola	10. — m.b. — muy bien
5.º Tang. a la elipse	10. — m.b. — muy bien
6.º Medición de áreas	10. — m.b. — muy bien
7.º Representación trigon.	10. — m.b. — muy bien

17 Dic.º 1848.

3.º y 4.º Examen.

1.º takeza — bien.

Traducción de C.

1.º 2.º em. de decim. — bien

sores de la Universidad Sres. D. Francisco Travesedo, D. Alejandro Bengoechea y D. Juan Cortázar.

En los días comprendidos del 13 al 17 de diciem-

alcanzó en matemáticas el aspirante D. José Echegaray, y como documento curioso se reproduce fotográficamente el original de los ejercicios que le propu-

ESCUELA PREPARATORIA
PARA EL EXAMEN
DE INGENIEROS
Y ARQUITECTOS

Escuela Preparatoria.
Examen de los jóvenes a la
Escuela especial de Ingenieros.

Año de 1918.

Relación de las censuras que han merecido los individuos que se expresan en el examen practicado en los días desde el 13 al 19 del mes de Diciembre de 1918 para ingresar en esta Escuela, siendo examinadores; 1.º D. Juan Cortázar; 2.º D. Alejandro Pongocheco; y 3.º D. Juan Cortázar, profesores de matemáticas nombrados por la Dirección general de Instrucción pública.

Nombres.	Censura en matemáticas Examinadores.			Censura en la inducción de Frances Examinadores.			Resultados.
	1.º	2.º	3.º	1.º	2.º	3.º	
D. Carlos Andrade.	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	B. u. B. u. B. u.
D. José Alizagay.	Sobresaliente sobresaliente	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	B. u. B. u. B. u.
D. Tomás de la Cruz y Aguilar.	Mediano	Mediano	Mediano	Mediano	Mediano	Mediano	m. m. B. u. m. m.
D. Juan Antonio Cortázar.	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	Bueno	B. u. B. u. B. u.
D. Pedro Romeral	Mediano	Mediano	Mediano	Mediano	Mediano	Mediano	m. m. B. u. m. m.
D. Miguel Lomo	Malo	Malo	Malo	Bueno	Bueno	Bueno	m. m. B. u. m. m.

Madrid 17 de diciembre de 1918.

M. Cortázar

A. Pongocheco

Juan Cortázar

Excepciones con las ex-
cepciones de los examinadores.
El Director,
Joaquín del Campo

sieron y de las calificaciones que mereció, así como el acta, en que se aprecia que fué siempre Echegaray un estudiante *Sobresaliente*.

* * *

En la Escuela preparatoria duraban los estudios dos años. En el de 1848 al 49, dividido en dos semestres, se examinó Echegaray de Cálculo, Geometría descriptiva, Física y Química y Dibujos de imitación y de paisaje. Obtiene en todas las primeras asignaturas la calificación de Sobresaliente, tanto en aprovechamiento como en aptitud, y en Dibujo la nota es de Bueno. En el curso de 1849-1850 se examina de Geometría descriptiva (segundo curso), Mecánica racional y Topografía y Geodesia, con notas de Sobresaliente, y en los Dibujos de imitación y lavado, con nota de Bueno. En la relación de alumnos formada según lo prevenido en el art. 100 del Reglamento, resulta clasificado con el número 1.

Los tres cursos siguientes de la carrera los estudia Echegaray en la Escuela de Caminos. No vamos a seguir con detalle las calificaciones y clasificaciones que alcanza, por no hacer monotonía esta información. Diremos únicamente que las asignaturas que realmente constituían el tercer año de la carrera (los dos primeros eran los citados de la Escuela preparatoria) eran la Mecánica aplicada, Estereotomía, Mineralogía y Geología, Alemán y Trabajos gráficos; en cuarto año se estudiaba Construcción, Máquinas, Arquitectura, Alemán y Trabajos gráficos, y el quinto y último, Caminos de hierro, Canales y Puertos, Derecho administrativo, Inglés y Trabajos gráficos.

El 25 de septiembre de 1853 se reúne el Claustro de Profesores para hacer la calificación y clasificación de fin de carrera, y obtiene Echegaray la nota de Sobresaliente por unanimidad y se le clasifica con el número 1.

Termina, por lo tanto, la carrera D. José Echegaray y Eyzaguirre a los veintidós años, y debemos consignar el segundo apellido, porque simultáneamente existe otro alumno de la Escuela, D. José Echegaray y González, que fué mal estudiante, por lo que no llegó a terminar la carrera.

Respecto a su conducta escolar, el mismo Echegaray la proclama en sus "Recuerdos", sin falsa modestia, de excelente, lo mismo que su salud.

Dice, en efecto, así:

«Mi salud era verdaderamente extraordinaria, y el siguiente dato estadístico lo demuestra. El curso, como he dicho en otra ocasión, era de once meses, con uno más destinado a exámenes. Pues bien: en cinco años de Escuela de Caminos, ni falté *un solo día a clase*, ni me anotaron *un solo minuto de retraso*. Lo cual prueba que mi conducta era excelente, aunque me esté mal el recordarlo; pero prueba también que en estos cinco años ni un solo día hice cama ni estuve nunca enfermo.

Y cuenta que el trabajo era enorme.

A las nueve entraba en clase; a las cuatro de la tarde salía; jamás fui de paseo, porque el paseo era para mí cosa insípida y aburrida; directamente desde la Escuela me volvía a mi casa, y hasta las ocho de la noche estaba leyendo libros de matemáticas puras, materias ajenas a los estudios del curso, obras maestras de los grandes autores, que me encantaban tanto o más que encantar me hubiesen podido el mejor drama o la mejor novela.

Comía con el libro al lado; muchas veces, y aun antes de acabar, ya habían llegado y me estaban esperando en mi cuarto los compañeros que conmigo estudiaban, y que generalmente eran Brockmann, Camedo y Trujillo.

Al hablar de sus profesores, que no todos eran lumbreras de la ciencia, cuenta, a veces donosamente, rasgos graciosos de su carácter, pero siempre es, en sus juicios, bondadoso y cortés. Su recuerdo más entusiasta lo reserva para la inteligencia, que califica de soberana, de D. José Morer.

No he conocido —dice— en España quien tuviera, ni con mucho, el talento matemático de D. José Morer.

No olvidaré —añade— sus lecciones de *Geometría descriptiva y de sombras*, que era para él luces, ni su curso de Perspectiva, ni unas cuantas admirables lecciones de *Cosmografía*, que en el segundo año de la carrera tuvo ocasión de explicarnos.

Y así sigue y se recrea ponderando la inteligencia poderosa del que fué su maestro y después cariñoso amigo.

Su amor a la Escuela de Caminos salpica constantemente en el relato que hace de su vida. Llega, por ejemplo, a recordar el momento solemne en que se abren las Cortes Constituyentes del 69, para las que fué elegido diputado. Parece natural que acontecimiento de tanta trascendencia la memoria de Echegaray lo conserve indeleble, y, sin embargo, olvida el detalle de esos sucesos políticos y, en cambio, recuerda, con pelos y señales, lo que le pasó cuando, a los quince años, entra por primera vez en la Escuela de Caminos a presentar su solicitud de ingreso. Y describe paso a paso el caserón destartado de la calle del Turco, donde estaba entonces la Escuela, que le pareció, como a Don Quijote la venta, palacio encantado. Llega tímidamente hasta el portero Manuel, al que, descubriéndose, le pregunta por el profesor ayudante para entregarle una instancia. Le contesta que, en ausencia del profesor, vendrá el número 1 de quinto año, que hace sus veces, como así ocurre.

Describe Echegaray la emoción intensa que se apoderó de él ante aquel alumno distinguido, próximo a ser ingeniero, quien, "envuelto en una capeta, con cara móvil y expresiva, ojos vivos, pelo graciosamente partido en el arranque en dos ondas, de las que la mayor le contorneaba con gallardía, inclinándose un tanto hacia atrás", le recibe con amabilidad exquisita y le ofrece entregar la solicitud de ingreso. Se despidió de él sin atreverse a darle la espalda, como ante un altar o las gradas de un trono, y cuando, a los pocos días, vuelve a la Escuela a enterarse del resultado de su solicitud y pregunta al portero Manuel por el alumno que tan cortésmente le recibió, le contesta con énfasis, que parece precursor, que el alumno número 1 de quinto año es D. Práxedes Mateo Sagasta.

En la memoria de Echegaray quedó vivo el recuerdo del Sagasta-alumno de la Escuela de Caminos, y, en cambio, se borra el de Sagasta-ministro de las Cortes Constituyentes.

* * *

Terminada la carrera es nombrado Echegaray ingeniero del distrito de Granada, cuyo jefe lo destina a Almería. Tres días y tres noches tardó en hacer el viaje a Granada en diligencia, y otro tanto en ir de Granada a Almería a caballo, por no haber carretera. Se le encargó de la *conservación de las carreteras* de la provincia y de las obras del puerto. De las primeras había una legua de carretera partiendo de Al-

mería y en dirección a Gádor. El puerto carecía de proyecto aprobado, y lo único que entonces se hacía era echar escollera en una dirección determinada. Por mucha que fuera la ciencia de Echegaray, le era imposible aplicarla a tan menguado servicio. Para más desdicha se apoderaron de él unas fuertes tercianas, con las que sintió, por primera vez en su vida, dolor de cabeza; pero logró ser trasladado a Palencia, y, vuelta a la diligencia, con la esperanza de hacer desde Aranjuez el viaje en el ferrocarril que se había inaugurado entonces. Pero el campo político andaba revuelto. Los generales O'Donnell y Dulce se habían sublevado, y esta revolución produjo los consiguientes cambios en los destinos administrativos, que condujeron a Echegaray a la Escuela de Caminos, donde fué nombrado profesor de Estereotomía, que comprendía el corte de piedras, metales y maderas, y al mismo tiempo, por ser el más joven —había cumplido 22 años—, se le dió el cargo de secretario.

Y, como pasa siempre, al volver a la Escuela de profesor, añora sus tiempos de estudiante. He aquí sus reflexiones:

Se anhela subir, ¿y para qué? Se anhela mandar, ¿y qué ventajas tiene el mando? Codiciamos el poder, ¿y qué beneficios positivos nos proporciona, como no sea unos cuantos deseos solitarios de la vanidad?

Mientras fui alumno, la hora del almuerzo fué la de mayor alegría. ¡Qué vida! ¡Qué animación! ¡Qué ocurrencias tan graciosas! ¡Qué cuentos! ¡Qué disputas! ¡Qué sabrosísima tortilla de patatas!

En el tiempo que Echegaray estuvo de profesor de la Escuela de Caminos explicó las siguientes asignaturas de la carrera:

Geometría descriptiva y sus aplicaciones a las sombras y la perspectiva.

Estereotomía.

Cálculo diferencial e integral.

Mecánica racional

Mecánica aplicada a las construcciones.

Hidráulica.

Algún año se encargó interinamente de Distribución de aguas, y durante meses explicó Construcción, por enfermedad del profesor titular.

Simultáneamente, durante largos periodos, desempeñaba Echegaray dos clases. ¿Y con qué sueldo? Disfrutaba, nada menos ni nada más, que 9 000 reales como ingeniero segundo y 3 000 reales de gratificación por asignatura.

Echegaray fué, ante todo, matemático y poeta. Los ratos que sus estudios profesionales se lo permitían los dedicaba a leer todas las obras de ciencia matemática, antiguas y modernas, conocidas y cuantas novelas caían en sus manos.

No faltaba a los estrenos de las obras dramáticas de entonces, cuyos autores eran principalmente Ayala, Tamayo, Hartzzenbusch, García Gutiérrez, Ventura de la Vega, Bretón de los Herreros, etc., y aunque no se lanzó a escribir dramas para el público hasta después de los cuarenta años, ardía en su alma el fuego de una imaginación exuberante.

Con estas aficiones y cualidades, necesariamente tenía que ser Echegaray un admirable profesor. Sus lecciones de Cálculo infinitesimal y Mecánica racional eran un prodigio de claridad y belleza. Las ideas más sutiles de esas ciencias maravillosas salían de sus labios con claridad meridiana, pues siempre encontraba

la palabra más justa, la imagen que realza, el tono de voz que matiza, para mantener suspensa la atención de sus oyentes.

Por dos veces quiso dejar la Escuela para mejorar de situación económica dedicándose a la enseñanza privada; pero ni el director de la Escuela, ni el Cuerpo de Caminos lo consintieron. Era preciso sacrificarse por el interés de la enseñanza, y Echegaray, siempre bueno y abnegado, se resignó a perder ¿los millones? que, según nos dice en sus "Recuerdos", hubiera ganado en la preparación de alumnos para el ingreso en la Escuela.

¡Feliz tiranía colectiva, que impidió agostarse el genio de Echegaray en tan ingrata y ruda tarea!

* * *

¿Cuándo y por qué dejó Echegaray la Escuela de Caminos?

Una revolución política le trajo a la Escuela: la del 54; otra revolución política, la del 68, le sacó de ella.

No tenía alición a la política. Su temperamento sereno rechazaba la pasión, a veces malsana, que en general emponzoña este género de actividad ciudadana. "Política y administración —dice en sus "Recuerdos"— son dos cosas, más que útiles, necesarias, pero contrarias a sus gustos e inclinaciones, a su manera de ser y de sentir."

Abominaba de la administración y abominaba de la política, pero más de la primera que de la segunda, porque la política, con todas sus impurezas, con todas sus amarguras, encierra algo grande en sí. Contiene miserias e indignidades, pero en ella brotan las ideas del porvenir entre luchas, entre conflictos, entre verdaderos dramas sociales.

La Escuela de Caminos, aunque vivía, como siempre, al margen de la política, sufría sus reflejos. En todo el siglo pasado puede decirse que era perseguida en los momentos de reacción, y hasta se cerraba al retoñar el absolutismo. En los periodos revolucionarios se abría de nuevo la Escuela con pujos renovadores. Compañeros de Echegaray fueron en la Escuela, como alumnos y algunos también como profesores, Sagasta, Saavedra, Gabriel Rodríguez, Pérez de la Sala y otros, que en la sala de profesores, en la Redacción de la REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS, íntimamente ligada, como ahora, con la Escuela, y en una mesa del café Suizo hablaban de política.

Entre los ingenieros citados, D. Gabriel Rodríguez, que fué muchos años profesor de Economía política de la Escuela de Caminos, era el campeón de las ideas librecambistas y, en general, del credo robusto de la Escuela clásica, liberal o individualista, muy en boga entonces en toda Europa. Era el que definía el dogma. En los salones de la Bolsa se celebraban mítines de controversia con los proteccionistas catalanes, y Echegaray se dió pronto a conocer en estas apasionadas contiendas en un campo más amplio que el de la especialidad de la Ingeniería.

Llegamos así al año 68, el de la llamada gloriosa revolución de septiembre. Destronada la Reina Isabel, se formó un Gobierno provisional, y Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, designó, por indicación de

D. Laureano Figuerola, ministro de Hacienda, para la Dirección general de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, a Echegaray. Días antes pensaba éste en la posible disolución del Cuerpo de Caminos y de su Escuela, porque entre los partidos avanzados había una gran enemiga contra los organismos oficiales, y muy particularmente contra los ingenieros, y, además, las ideas individualistas dominantes eran contrarias a la intervención del Estado incluso en las funciones públicas. Creían preferible que la iniciativa privada, ensanchándose cada vez más, resolviera estos problemas.

Y tenemos a Echegaray pasando de la Escuela de Caminos a la Dirección general de Obras públicas, para ocuparse, en primer término, de la reforma de las Escuelas especiales de Ingenieros civiles, empezando por la Escuela de Caminos.

No vamos a seguir a Echegaray por los nuevos derroteros que le apartan definitivamente de la Escuela de Caminos. Recordemos, a grandes rasgos, que en 1864 ingresó en la Academia de Ciencias; en 1868

fué director general de Obras públicas; en 1869, ministro de Fomento; en 1872, otra vez ministro de Fomento; en 1873, emigrado en París, escribe *El libro talonario*, comedia en un acto, estrenada en 1874, siendo ministro de Hacienda al caer la primera Repú-

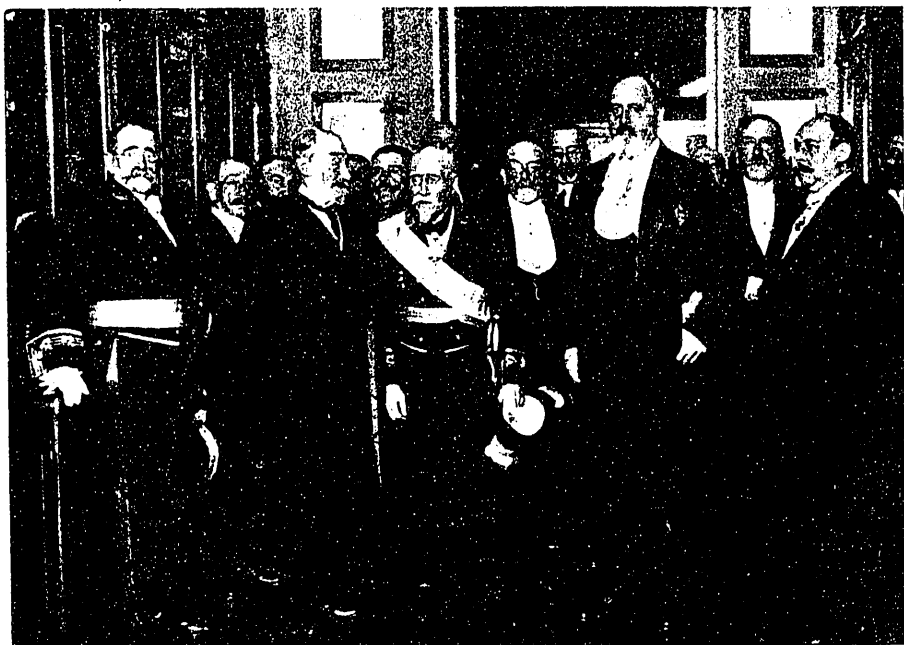
blica. Sigue después su intensa vida de dramaturgo, en la que escribe 67 obras, 34 en verso y 33 en prosa. En 13 de noviembre de 1904 le dan el premio Nóbel, a medias con Mistral. Lo recibió en 1905. A continuación España le tributa un homenaje, apoteosis de toda su vida. En 1882 es nombrado académico de la Lengua, cargo del que toma posesión en el año 1894,

con el discurso sobre "La literatura modernista".

En 1905 es, por última vez, ministro con Montero Ríos, en la cartera de Hacienda.

Uno de los últimos actos que realiza el año 1916, el mismo de su muerte, a los ochenta y cuatro años, es el de la imposición de la medalla Echegaray, siendo presidente de la Academia de Ciencias, al actual presidente, D. Leonardo Torres Quevedo, otra de las grandes glorias del Cuerpo de Caminos.

Vicente MACHIMBARRENA



Imposición, en la Academia de Ciencias, de la medalla Echegaray a D. Leonardo Torres Quevedo

El corazón de Echegaray

Entre todas las excepcionales cualidades de este insigne varón, que brilló como estrella de primera magnitud en la Cátedra, en la Prensa, en el Teatro y en la Política, y obtuvo un espontáneo y unánime homenaje de toda España, que no mereció ningún otro patrio, ha tenido una más alta virtud: la de un gran corazón, por su bondad y su valor cívico.

Y por haber sido yo beneficiado por estas condiciones, cumplo contribuir a este ensalzamiento póstumo, recordando los hechos que me lo evidenciaron palpable e inolvidablemente.

El 8 de abril de 1905 se hundió la cubierta de hormigón armado del Tercer Depósito de Madrid, de que yo era constructor, sepultando entre sus escombros a más de cien desgraciados obreros, de los que resultaron 29 muertos y 52 heridos.

Ante tamaña catástrofe, en la que se hablaba de 300 víctimas, levantó la Prensa un clamoreo trágico, que se fué acentuando por la competencia entre los diarios más populares, que abrieron listas de suscrip-

ción para las familias damnificadas. Como no había en aquellos luctuosos días ningún crimen sensacional, ni debates políticos, ni corridas palpitantes, tuvo la Prensa que sostener el interés de sus lectores con macabros detalles del hundimiento, acogiendo las más fantásticas denuncias sobre deficiencias de los materiales de la obra y la criminal imprudencia del constructor.

Fuí yo, durante varios meses, exonerado como ingeniero imprudente y, sobre todo, como industrial codicioso (1), por lo que casi todos los diarios me achacaban la culpabilidad de tantas víctimas.

Así es que la magna Comisión Técnica encargada de la depuración de responsabilidades, el Consejo de Obras públicas que instruía el expediente administrativo, y, por fin, el Jurado que perseguía mi presunta criminalidad, sugestionados por la campaña periodística, en la que se intercalaban inmundos *chantagistas*, se iban inclinando a verter sobre mí todas las incul-